EN EL CIRCO DE PIEDRAFITA

POR ELI OJANGUREN

A mi padre, que desde mi niñez me enseñó el camino de la montaña.

Y a mis compañeros, junto con los cuales departí, estos días de agradable recuerdo.

PRELIMINARES

Era el día de partida, llevaba en mi mano los papeles donde había recopilado todos los datos y algún croquis que otro sobre el Circo de Piedrafita. En mi habitación, desparramados por todos los lados estaban la impedimenta, la comida, material de montaña, etc., en una esquina estaba la mochila. Ni el más optimista de los seres hubiera esperado que todo aquel revuelto tendría un sitio allí, en aquella mochila que en aquella esquina esperaba su turno. ¿Explicarlo?, para qué. Los que lo han hecho ya lo saben, los demás no lo creerían. Una hora más tarde en la habitación no quedan más que algunos papeles desparramados y la mochila repleta a más no poder.

Ya todo presto, voy camino de la estación acompañado de mi padre creo, que contento de verme así cargado camino de unos cumbres que él un día las tuviera al alcance de sus botas y que en este momento los añoraba como recuerdo de aquellos días de su juventud, en que podía satisfacer sus ambiciones montañeras que su imaginación las creaba para sus condiciones y afición. Afición que practicó e inculcó y que aún hoy en día practica con entusiasmo juvenil e ilimitado.

Al separarnos no podían faltar sus consejos, consejos de veterano. Después de breves palabras le vi alejarse. Qué esfuerzo no habrá hecho para volver sobre sus pasos. Aún resuenan en mi oído sus consejos cuando le veo doblar la esquina.

—¡Hasta el regreso, padre!

En Zumárraga, en el tren, nos reunimos con los tres compañeros que vienen de San Sebastián. En las horas monótonas que transcurren en viaje, vamos ultimando detalles para los próximos días que se avecinan. Llegamos de madrugada a Casetas donde abandonamos el expreso. Casi cuatro horas aburridas pasamos en esta apartada estación. De nuevo en marcha pasamos por Zaragoza y más tards por Riglos donde tenemos ocasión de admirar los airosos Mallos, luego a

la izquierda un embalse medio vacío y allá a lo lejos comienzan a divisarse una hilera de montañas moteadas de blanco.

—¡Pirineos!

Sí, eran los Pirineos a donde ya íbamos llegando. En Sabiñánigo abandonamos el tren tomando el autobús que, ¡por fin!, nos trasladaría a Sallent de Gállego a donde llegamos a las tres de la tarde. Nada más bajar del autobús se nos acerca un guía ofreciéndonos sus servicios para llevar las mochilas en caballería hasta el Ibón de Respumoso. Después de cumplir con los requisitos de frontera nos alojamos en el hotel Balaitous. Cenamos temprano para, luego, después de dar una vuelta irnos a descansar, mientras allá afuera las sombras nocturnas, van envolviendo las estrechas y empinadas callejas de este rincón pirenaico.

CAMINO DE PIEDRAFITA

Eran las siete cuando me despertaron mis compañeros. Había dormido profundamente, levantándome perezosamente me acerco al balcón. ¡Oh sorpresa!, el día ayer limpio y soleado amanecía hoy sombrío presentando las calles mojadas. Una tormenta había descargado por la noche durando hasta poco antes de clarear el día. Recogemos las mochilas bajándolas al patio para cargar en los mulos y mientras éstos emprenden la marcha nosotros volvemos al Hotel a desayunar.

Cierto es que no habíamos madrugado en exceso pero, cuando penetramos en la abrupta garganta donde asienta su cauce el turbulento torrente del Aguas Limpias, iba ya muy avanzada la mañana. A eso de las diez, pasamos por el puente de las Fajas colocándonos en la orilla derecha del río, orilla que no íbamos a abandonar hasta el Respumoso. Antes habíamos subido por la carretera que conduce a Portalet D'aneu siguiéndola en unos quince o veinte minutos descendiendo luego a un embalse donde están situados unos barracones y una central eléctrica.

Tranquilos, sin ninguna prisa, subíamos despacio por el camino bien trazado y fácil que asciende por la parte baja de las laderas de las montañas siempre paralelo al torrente que rumiante, descendía alocado y saltarín hacia Sallent engrosando con su caudal el río Gállego, tributario a su vez del Ebro.

Paso a paso, deteniéndonos en numerosas ocasiones para presenciar el paisaje, íbamos adentrándonos allá en las montañas, en aquellas montañas altas y bravías de que consta el alto Pirineo aragonés o Pirineo central.

Dejamos atrás el paso del Oso llegando seguido al Valle de Llano Cheto. Nos detenemos para comer un bocado. Enfrente bajan en continuas cascadas las aguas del Respumoso que aquí se unen con las que descienden de los Lagos de Arriel formando el Aguas Limpias, cuyo curso hemos seguido hasta ahora.

Reanudada la marcha, continuamos por el camino que en fuerte repecho nos conduce hacia la horcada que da paso al Circo de Piedrafita, en donde han tomado los cimientos para la construcción de una presa para aprovechamiento de las aguas del Ibon del Respumoso que en este momento lo tenemos delante, por encima de él sobre unas lomas el refugio de la F.E.M. y al fondo recortando el

cielo con su silueta está la Gran Facha. A nuestra derecha los picos de Campo Plano y Llana Cantal y a la izquierda, el Pico Aragón el Cristales y las laderas del Balaitous y La Frondiella cuyas cumbres no se divisan.

Recogemos las mochilas que nos ha transportado la caballería y rodeamos el Ibón por su margen izquierda, salvamos un torrente y finalmene llegamos al Refugio.

AL PUNTA ZARRA

Es el día 19 de agosto de 1953. A las siete y media nos levantamos, haciéndolo más tarde que en días precedentes. Con éste ya son tres los que llevamos en Piedrafita. Los dos anteriores hemos llevado felizmente las ascensiones a la Gran Fecha y al Balaitous, el buen tiempo ha sido el compañero de estas excursiones a las cuales les hemos sacado todo el provecho posible.

Salimos del Refugio, el día se presenta frío pero espléndido, augurando una buena jornada. Hoy iremos al Punta Zarra de 2.955 mts. En cambio unos catalanes que pernoctan con nosotros en el Refugio, deciden descansar y con ellos queda nuestro compañero Etxaide que no quiere saber nada de escaladas.

Tomamos un sendero que pasando junto a dos pozos desciende al torrente. Vadeamos el mismo pasando a la otra orilla, siguiendo la misma a contra corriente. Rebasado ya el Ibón de Campo Plano, empezamos a ascender suave-

Desde la brecha Latour: En primer término el perfil de las Crestas del Diablo, detrás Cambalés y Petit Facha, y al fondo a la derecha el Vignemale. (Foto San Martin)

mente. A la izquierda, sobre un montículo, dejamos una cabaña que domina toda la explanada del Ibón. Más arriba se unen dos torrentes, el de enfrente proviene de los ibones de la Gran Facha, nosotros seguimos el de la derecha atravesándolo más arriba junto a una cascada. Hasta ahora el camino, en casi todo su recorrido ha sido sobre hierba, alternando con roca, en adelante todo es un continuo pedregal. Enseguida pasamos junto al Ibón de Gaurier y comenzamos a subir en diagonal por una pedriza, primero de piedras de tamaño regular, después de piedras menudas donde los pies fallan constantemente obligando a un mayor esfuerzo. De esta forma nos vamos acercando a los paredones occidentales del Punta Zarra alcanzando un alto plano donde descansa un nevero en cuya mitad superior se ve el azulado hielo y cerrando los costados descienden por una parte —el de la izquierda— las verticales paredes del Punta Zarra y por la derecha las laderas del Gaurier unidos los dos en la parte opuesta por encima del nevero por una mediana crestería. A la orilla del nevero descansamos un rato dando buena cuenta de algunas provisiones.

De nuevo en marcha, subimos por la empinada y descompuesta pendiente del Gaurier. En media hora alcanzamos su cumbre. Entre las varias tarjetas que encontramos vemos una de Juan del Prado del Peñalara depositada el 26-IX-1927. Transcribo lo que ponía al dorso: «Subido por la arista W. descendiendo por el E. ¿Cómo se llamará este pico? ¿Y el otro al E.?, el más bonito de Piedrafita». En esta última pregunta se refería al Punta Zarra.

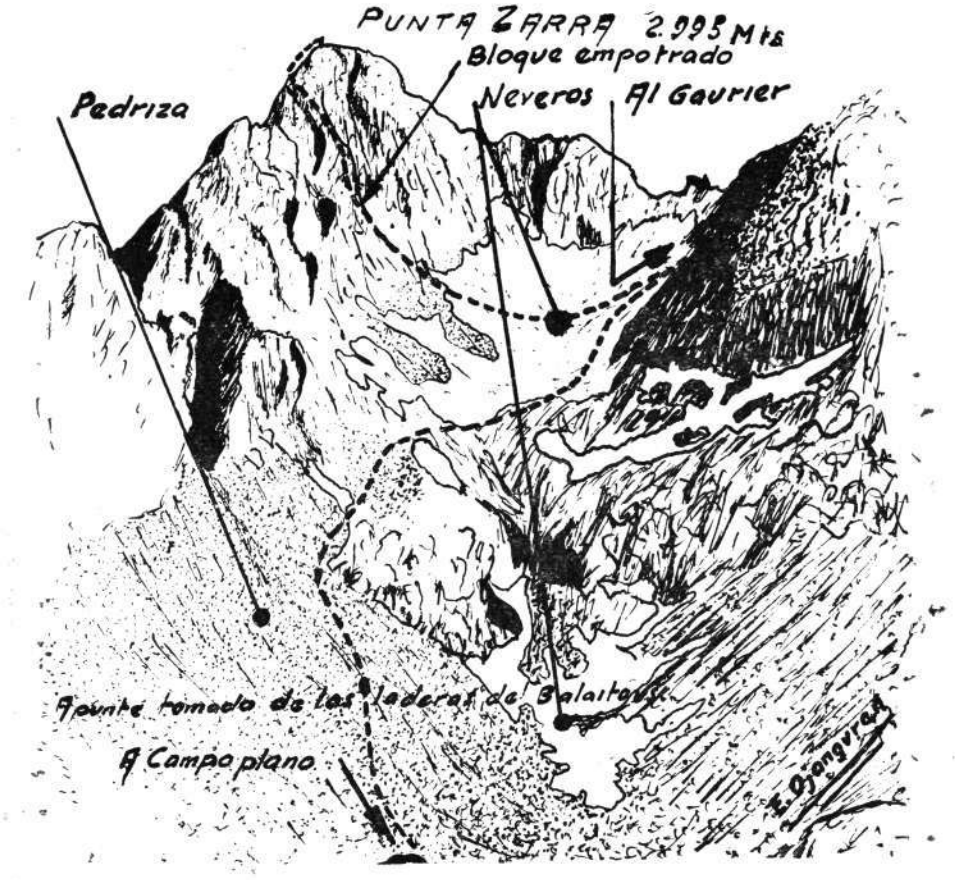
Después de un breve estudio sobre el citado pico, observamos dos chimeneas o corredores casi verticales. Una ligeramente inclinada a la izquierda llega casi hasta la cresta a unos cincuentas mts. de la cumbre. La otra, situada más abajo que ésta, termina a media pared. Optamos por la primera, una vez decidida la cuestión descendemos rápidamente al nevero atravesándolo justamente por debajo del hielo al descubierto. Seguidamente, sin detenernos, salvamos una corta pedriza penetrando en la chimenea comenzando a escalar sin encordarnos, teniendo cuidado de no hacer rodar las piedras sueltas que abundan por doquier. Así, poco a poco, vamos ganando altura.

Llevamos unos quince minutos trepando por el corredor cuando un bloque de gran tamaño, empotrado, nos intercepta el paso, viéndonos obligados a variar hacia la izquierda y a superar la pared casi vertical en unos diez mts., penetrando de nuevo en la chimenea por encima del bloque. El trecho superado, pese a su verticalidad, no representa gran dificultad ya que se encuentran presas sólidas y abundantes para las manos y la aspereza granítica en la cual se adhieren bien las gomas del calzado.

Termina la chimenea y nuevamente nos enfrentamos con la pared, no tan vertical como antes, pero por su gran altura mucho más impresionante. El nevero se divisa ahora pequeñito allí abajo, brillante cual pulida joya en el cual se descomponen en millares de prismas los rayos solares.

Cuidadosamente, tanteando bien los agarres, que en este trecho de descompuesta pared se presentan muy inseguros, vamos subiendo despacio. Casi al final una pared oblicua es el paso más delicado; salvado éste por un compañero, nos lanza la cuerda, con la cual, una vez convenientemente asegurados, alcanzamos la cresta por la cual seguimos llegando finalmente a la cumbre.

Desde el nevero hemos tardado justamente una hora, representando la escalada una dificultad del tercer grado.



EN LA CUMBRE

Desde la cumbre, el panorama es espléndido. El día claro permite ver las montañas que nos rodean, con clara nitidez. Tenemos cerca, muy cerca, todas las cimas del Circo de Piedrafita: Balaitous, La Frondiella, Gran Facha, Pico del Infierno, etc.; abajo los lagos Azules que miran desde aquí y en este momento justifican su nombre con el color de sus aguas; más abajo los Ibones de Bachimaña y hacia el E., más arriba, los de Bramatuero, todos ellos unidos por rápidas torrenteras que en continuas y variadas cascadas descienden hacia el valle. Al fondo, lejos, destaca el macizo de Vignemale, rodeado de ligeras brumas.

—A Vignemale...

Con los ojos entornados, para librarlos del contraluz, admiro su grandiosa moles y sueño... sueño, viéndome subir por sus laderas, atravesar sus neveros y glaciar, alcanzar la cumbre y allá, en su cima, lanzar el Irrintxi, ese Irrintxi que hace un momento brotó espontáneo y se extendió con su eco, recorriendo montañas y cresterías y descendiendo a los valles con su estridente sonido, hasta perderse en la lejanía...

—Allí están los Montes Malditos.

Al oir la voz, rápidamente reacciono. Veo a Barrena señalar una dirección hacia donde instintivamente fijo mi mirada, mas sin darme cuenta, nuevamente, mis ojos, se posan en el Vignemale.

—Qué gran montaña, quizás la próxima vez...

El cielo azul, de ese azul diáfano cubierto en algunos puntos por blancas nubes, se extiende hasta lo infinito. Volviéndome al N., un poco hacia el W., veo destacarse la altiva figura del Midi D'ossau y hacia el fondo, por el norte, un inmenso mar de nubes penetra hacia el Pirineo, ocultando a nuestra vista la alegre campiña de Francia.

La hora de regreso ha sonado. El descenso por la chimenea con toda serie de precauciones. Gracias a una pequeña variante en el principio, no pasamos por la peligrosa pared oblicua, que salvamos al ascender, alcanzando el nevero con toda felicidad. Mientras vamos perdiendo altura en dirección al refugio, mi imaginación vuela de nuevo a la cumbre. Dieciocho años han pasado sin que nadie subiera a la cumbre del Punta Zarra. La última tarjeta depositada en ella lo había sido el año 1935 y correspondía a la que habían dejado los «peñalaros» A. Tresaco, E. Herreros, T. Díaz y J. Foliot.

NUEVA ILUSION

Los días sucesivos transcurrieron también felices. El buen tiempo continuaba invariable y en los dos siguientes, sin fallar ninguno, realizamos las ascensiones a la Frondiella y al Pico del Infierno, deparándonos, también, intensas jornadas de imborrable recuerdo. Mientras nosotros subíamos a la Frondiella, dos de nuestros compañeros realizaban la travesía de las famosísimas Crestas del Diablo.

Terminaban las vacaciones y el resultado de nuestra excursión por los Pirineos era como para satisfacer con creces a cualquiera. No obstante, cuando iniciamos el retorno a nuestras casas, una inquietud dominaba mi espíritu. No había quedado satisfecho del todo. En el Circo de Piedrafita quedaban aún algunas cosas y sobre todas ellas destacaban las Crestas del Diablo. Aquella mañana, cuando les vi a mis dos compañeros sentí grandes deseos de salir en pos de ellos, mas yo no estaba preparado y tuve que desistir, no sin que de mi interior brotara un quizás esperanzador para un futuro cuanto más próximo mejor.

TRES AÑOS DESPUES

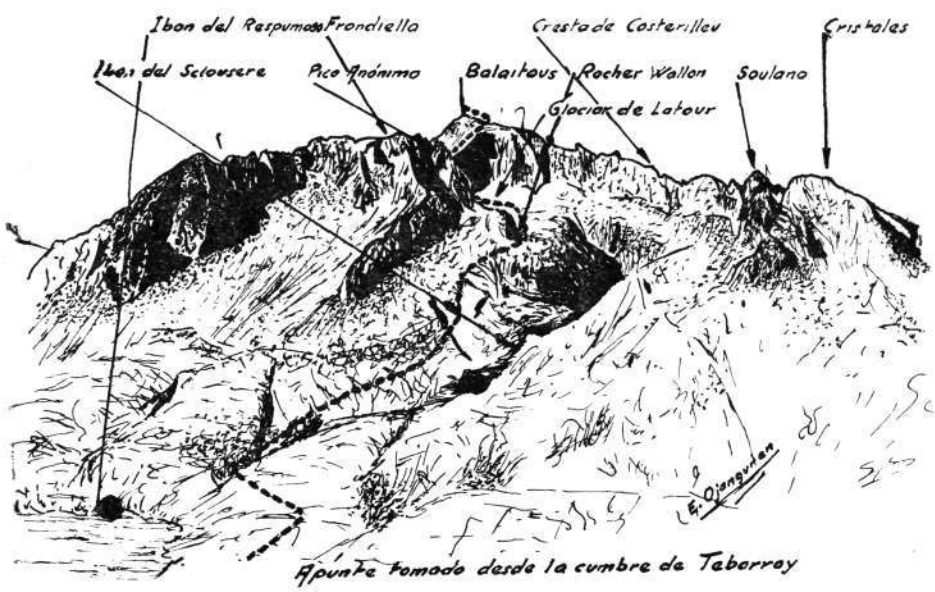
Sí, tres años habían pasado cuando de nuevo me asomé en el collado donde están construyendo la presa al Ibón del Respumoso. Este, debido a esta construcción ya a punto de terminar, ocupa una zona mucho más extensa. El camino que de aquí conduce al refugio ha cambiado de orilla pasando ahora por la misma cantera de la cual sacan la piedra que emplean en las obras. El anterior ha quedado sepultado bajo las aguas. Cuando llego al refugio y penetro en él, la noche ya está encima. Nada más cenar nos acostamos después de una breve tertulia.

Amanece un nuevo día. En el refugio el movimiento de los que madrugan van despertando uno a uno a todos. Los hornillos, las fiambreras, las clavijas,

mochilas, etc., producen el clásico ruido que es el preludio de las excursiones. De nuevo comenzaba la danza por las cumbres airosas casi todas ellas de agudo perfil, unidas por aserradas cresterías que formando un círculo, encierran en medio al Circo de Piedrafita con sus magníficos ibones del Respumoso, Las Ranas, Campo Plano, Esclousere, etc., y cruzado por todas partes y en todas direcciones por infinidad de regatas, que naciendo allá arriba en los colgantes neveros o glaciares, descienden veloces por las abruptas vertientes, encontrando momentánea quietud en la placidez de los ibones. Entre las zonas verdes de sus orillas y aun entre las partes rocosas, crecen variadas las flores destacando el morado de los lirios y el rojo alegre de los rododendros o el blanco y amarillo de las margaritas gigantes y sombreado en algunos trechos por escasos y sufridos pinos de color verde obscuro.

CAMINO DEL BALAITUS

Somos los últimos en salir del refugio, bajamos al Ibón de las Ranas y seguido comenzamos a ascender por las laderas de la montaña en dirección al Balaitous, pasamos junto a una cabaña y seguidamente vadeamos el torrente Sclousere. Por las abruptas rocosidades de este macizo vamos subiendo en dura pendiente. Algún «cainr» que otro señala la buena dirección. A medida que subimos el torrente queda abajo, muy abajo. Poco a poco nos vamos acercando a la parte inferior de un cresterío que desde el Pico Anónimo desciende en dirección Sur, aquí el terreno se convierte en continuo canchal con bloques de gran tamaño. Saltando de bloque en bloque y pisando algún nevero que otro alcanzamos la base del espolón de Rocher Wallon y poco después el Glaciar de Latour.



Después de un discreto descanso, reanudamos la marcha subiendo directamente a la parte izquierda del glaciar, hasta alcanzar la rimaya y caminando al borde de la misma llegamos a la parte inferior de la brecha Latour.

De la cabecera del glaciar donde ahora estamos, a las clavijas, queda un trecho de unos quince o veinte metros fáciles de escalar pero los cuales hay que superar con precaución debido al estado de descomposición en que se encuentra la roca.

Mientras mi compañero Larráyoz va recogiendo la cuerda que en el Glaciar y en este último trecho lo hemos empleado, para asegurar a su mujer, estamos mirando las Crestas del Diablo cuya travesía, D. m., pensamos realizar mañana. En ese momento, en el tridente S. vemos a dos escaladores que acaban de alcanzar su cima. Les saludamos con un Irrintxi al cual ellos contestan con un movimiento de brazos. Uno de ellos era Ignacio Capeta, con quien en pocas horas entablamos amistad y que dos días después fallecía a consecuencia de un accidente en Midi Dósau. Un pescador nos dio la noticia, dejándonos completamente consternados. En el nicho en que reposan sus restos, en Sallent, depositamos un ramo de flores recogidos en la montaña, junto con una oración por el eterno descanso de su aima.

Preparados ya, subimos por las clavijas alcanzando la parte superior del Pitón prosiguiendo luego por los grandes bloques, algunos de ellos medio sueltos, hasta alcanzar la parte cimera y enseguida la cumbre, estando la misma coronada por una torreta triangular. De nuevo el paisaje pirenaico se extiende ante mi vista, cuya contemplación me produce sumo placer. Inscribimos nuestros nombres en el libro registro que encontramos y seguidamente empezamos el descenso, de regreso al refugio, llegando al mismo a media tarde.

EPILOGO

La travesía N.S. de las Crestas del Diablo con E. Larráyoz y A. Guerra del C.E.C., que se encontraba solo y se agrega a nosotros para esta travesía, la Gran Facha a la que van Larráyoz y su mujer, mientras yo voy solo al Cubitilla, el Pico del Infierno, Cambalés y un día de continua tormenta en el refugio en compañía de dos franceses, completan nuestra estancia en el Circo de Piedrafita y así de nuevo llega la hora del regreso. Una serena paz abarca mi espíritu. Había realizado mi deseado proyecto colmando mis aficiones y si allá arriba, en la aspereza granítica de las Crestas del Diablo gocé de las emociones de una aérea y viril escalada, en las distintas cumbres que recorrimos hallé, aparte de nuevas satisfacciones, nuevos horizontes cubiertos por el perfil de muchas montañas de atractivo fascinante, que tranquilizan mis afanes, siempre inquietos en busca de nuevos lugares donde poder dar rienda suelta a mis aficiones montañeras.